

CÉFALO y PROCRIS

(EL AMOR Y LOS CELOS)



Versión libre de OVIDIO (*Metamorphoseis* VII 795 – 856)

Roberto Tierno Hernández
Binéfar, 7 de enero de 2023

1. La juventud de Céfalos

Era Céfalos un apuesto joven ateniense, de familia ilustre, amante de la vida sencilla, la familia, los amigos, apasionado de la caza y muy dado a los ensoñamientos propios del romanticismo, ya en aquellos tiempos en boga a partir de poetas como Alceo y Safo. Era de aquellos jóvenes que se enamoraban perdidamente de hermosas doncellas, a las cuales sin tardanza anhelaban desposar.

Y así un día, estando en sus habituales ocupaciones, llegó un mensajero a su casa dignamente ataviado. Fue invitado a visitar nada menos que a Erecteo, varón notable en Atenas y de linaje real. Ostentaba un sumo privilegio, el sacerdocio de la diosa Atenea y también del dios Poseidón, siendo padre además de dos hermosas hijas, Oritía y Procris.

2. Encuentro en Palacio

Correspondiendo a la invitación, acudió Céfalos al palacio de Erecteo en la acrópolis. Era de mármol y relucía como el oro. El salón había sido rico y lujosamente ataviado para la visita. Y una vez que el simposio llegó a su fin, atónito y gratamente sorprendido, Céfalos escuchó las palabras de Erecteo: “Hace un año ya que sufro la desesperación de haber perdido a mi hija Oritía. Bóreas, el viento de la Tracia, muy lejos se la llevó. Por eso no quiero que otro tanto ocurra con Procris, que incluso a Oritía sobrepasa en hermosura.

Lleva mi hija tiempo diciéndome que la dé en matrimonio, y no le duelen prendas en instarme a que entregue su mano al joven ateniense que ella ama. Una vez tan solo lo había visto -me dijo- al pie del monte Himeto, cuando ella corría y jugaba con sus doncellas en un prado verde coloreado de flores. Allí te vio, volviendo de una cacería, ‘mancebo de cuerpo esbelto y grácil, su espíritu es fuerte y bravo’, según palabras de mi hija. ¡Ay el amor! Cupido la había herido con una flecha de oro. Ella te ama. Pero no temas hacerla tu esposa; te hará feliz y tú la harás feliz a ella”.

Céfalos se quedó pensativo, dirigió su mirada a la copa de vino del Ática que le habían servido y no dudó ni un momento en la decisión que debía tomar, aunque bien le

pareció hacer que dudaba. “Una princesa enamorada siempre es un gran plan, y si además es tan hermosa que diríase una diosa, ¿Qué hombre admirador de la belleza podría resistirse ante tan extraordinaria proposición? Erecteo, no obstante, puso sus condiciones: “No la verás antes de que aceptes desposarla, y si así fuera, solo el día de la boda volverás a verla, tras la cual será tuya y con ella compartirás el tálamo nupcial. Vas a ser muy dichoso a su lado; solo el contemplarla cada día, será para ti un deleite.” Céfalos, pensativo, pero sin dilatar más la respuesta dijo: “sea Procris la esposa de Céfalos”.

Y acto seguido fue llamada Procris para que acudiera a la sala en la que se encontraban. Su corazón latía muy fuerte. De pronto, escuchó sus pasos, la vio y quedó absorto. Céfalos no podía creer que una mortal atesorara tanta belleza. Entonces una flecha de oro partió rauda del arco de Eros. Justo en ese momento comenzó a amarla, como nunca había amado a las jóvenes que hasta entonces había pretendido.

3. Luna de miel

La ceremonia de bodas se celebró con todo lujo de detalles, como corresponde a una boda real. Ella vestía de tul y seda blanco, su cabeza la cubría un velo de color azafrán; el séquito real no desmerecía en pompa y boato a los felizmente casados. La noche de bodas, aunque quedan en intimidad los detalles, fue tan plena de dicha que nadie hubiera podido imaginar que el deseo, el amor y la pasión proseguirían después de un mes de loco enamoramiento.

Tuvieron así la dicha de vivir momentos de plena felicidad. Céfalos conocía bien el amor, adoraba leer las elegías amorosas y mucho había aprendido de la dicha, los pesares y el sufrimiento que algún día también a él le atormentaría. Pero de momento todo iba sobre ruedas en la luna de miel de los recién casados.

Así pasaron treinta días y treinta noches entre pasión y embeleso. En cuerpo y alma se querían como si hubieran estado hechos el uno para el otro. Hasta que una mañana al levantarse Céfalos dijo a sus criados: “Preparad la jauría, redes, arcos, flechas y jabalinas; marcharemos mañana a cazar al monte Himeto. Añoro la emoción de perseguir ciervos de hermosas hastas, luchar contra jabalíes de agudos colmillos o

ensartar palomas con mis flechas”. Todo quedó preparado y dispuesto al llegar la noche, una noche en la que las lechuzas no paraban de ulular como si algo malo presagiaran. Antes del amanecer, cuando aún las sombras de la noche no habían abandonado el cielo, ya estaba Céfalo camino de las suaves colinas.

4. Cacería en el monte Himeto

Las flores todavía no habían abierto sus pétalos. Las abejas estaban prestas a salir, esperando la primera luz del día. La diosa del amanecer, Aurora, esparcía sus primeros rayos al tiempo que extendía su azafranado velo sobre las cumbres. Desde allí contempló a Céfalo y no pudo resistirse ante su ufana y juvenil apostura. Ni corta ni perezosa se precipitó sobre él, lo envolvió en su manto de fúlgidos colores y lo transportó a palacio.

Allí vivía con su esposo Titón, quien muy atrás había dejado la lozanía y el ímpetu de juventud; era mortal y envejecía indefinidamente. Ni siquiera ya dormían juntos. ¿Para qué? Titón no tenía fuerzas ni siquiera para levantarse de la cama. Aurora sin embargo era diosa, en eterna juventud, y se había vuelto a enamorar. Un anciano decrepito no iba a ser obstáculo para una diosa radiante, luminosa, en pletórica belleza. Ordenó a sus doncellas que el tálamo nupcial fuera dispuesto para el encuentro y que despertaran a Céfalo, que aún dormía como envuelto en un sueño. Ella era una diosa enamorada; y él, humano, aunque de porte divino, no iba a resistirse a su arrebatadora pasión.

Ya en el lecho y disfrutando de los placeres de Venus, miraba a Aurora; las mejillas sonrosadas de la diosa le recordaban a las de Procris, y también la sonrisa. El líquido néctar que Aurora bebía era el secreto de su belleza inmarcesible, pero Procris ni siquiera necesitaba el néctar para estar joven y radiante. Los días pasan y la van haciendo cada vez más bella. Ni siquiera el olor a ambrosía de la diosa podía competir con el aroma de los besos que salían de la boca de su amada. Aurora era hermosa y el sexo sin amor le era ciertamente grato, pero cuando las miradas y las caricias se combinan con el deseo, entonces, solo entonces la dicha es plena.

5. Aurora despechada

Y así comenzó a echar de menos a su esposa. Yacer con una diosa era algo que muchos hombres hubieran deseado, pero Céfalos no era un hombre feliz y cuando yacía con la diosa, no hacía más que pensar en su esposa, a quien amaba por encima de todas las cosas. El tiempo pasaba volando pero el recuerdo de Procris se hacía cada día más presente.

Después de un año de encendida pasión, aún yacentes en el lecho de oro y marfil, no pudo evitar unas lágrimas. Los recuerdos por su amada ausente se hacían visibles una vez más y a una diosa no se le iban a escapar sus hasta entonces ocultos sentimientos. Incluso le decía - ¡insensato! que era Procris a quien realmente amaba, que por su esposa aún con nostalgia suspiraba.

Y Aurora llegó una noche en la que ya no pudo más, y antes de salir a dar paso a la luz del día, se levantó ofendida, llena de rabia, despechada, avergonzada, y le dijo a Céfalos: “Ya desde hace tiempo no podía esperar otra cosa de ti. Eres lindo y guapo, conoces lo que le gusta a una mujer, pero no sabes lo que desea una diosa, te falta personalidad para elegir lo que más te conviene, no sabes disfrutar de lo que tienes delante, una diosa inmortal, y añoras la belleza de una mujer mortal.

Muy bien, pues entonces: “Vete con ella y no vuelvas –le dijo- ; no quiero verte más. Te vas a sorprender cuando regreses, seguro que tu amada Procris no ha dormido sola en el lecho y yace cada noche con el hombre que se le antoja. Recuérdalo. Ya puedes irte con tu mujer, la que pronto descubrirás que sin miedo a la deshonra anda entre brazos de cualquier seductor.”

6. Regreso de Céfalos

Nada respondió Céfalos. Salió presto y raudo del palacio. La tos y los quejidos de Titono, el viejo esposo de Aurora, que ya solo vegetaba, fueron lo último que oyó Céfalos alejándose del palacio al este del monte Himeto. Mientras apresuraba su marcha, de tanto en tanto se paraba a descansar y reflexionaba: “Quizá tenga razón

Aurora, una mujer tan hermosa y apasionada como Procris no va a esperar sentada a que llegué su marido después de un año sin tener noticia de él. Seguro que me ha sido infiel. Si incluso las diosas son infieles a sus maridos, ¿cómo no lo a va a ser una mortal, aunque su estirpe fuera de reyes!

Entre tanto Procris un año llevaba aguardando a su marido. No sabía dónde estaba. “Una nube de colores lo había envuelto y se lo había llevado”, dijeron los criados al volver de la cacería. Era todo lo que sabía de él. Las caras de estupor de quienes habían presenciado el rapto, no dejaba lugar a dudas de que algo muy extraño le había ocurrido. Ella esperaba y su corazón seguía latiendo por Céfalo. La ausencia agrandaba el recuerdo. El tiempo, lejos de extinguir su amor, alentaba aún más el deseo de sus labios y de sus ojos y de sus manos. Sufría en silencio, pero la esperanza del reencuentro la mantenía viva.

Un marido ausente es algo a lo que muchas mujeres casadas tienen que acostumbrarse. Aunque, dicho sea de paso, tampoco estaba tan mal Procris en la mansión que juntos habían habitado. Se encargaba de dirigir las tareas y ocupaciones, dando órdenes a los esclavos y siempre acompañada de criadas y doncellas. En cierto modo se había acostumbrado a ejercer de *mater familias* en su mansión de Atenas.

Así pasaba el tiempo entre tareas domésticas, atender a las visitas, recibir huéspedes y disfrutar de la calmada mansedumbre del peristilo, donde los sentidos se abren a la amenidad de los árboles, las flores y el agua de las fuentes. Seguía queriendo a su marido, sí, pero tampoco era con el arrebato y la locura del primer mes. Es la vida así: amas, sufres y olvidas, porque el propio bienestar termina prevaleciendo.

7. Los inevitables celos

Angustiado por la advertencia de Aurora acerca de la fidelidad de la esposa de Céfalo, los celos iban haciendo su labor de desgaste. Y cuando llegó a la misma puerta de su morada, en la misma Acrópolis de Atenas, no paraba de pensar en lo que podía haber ocurrido en su ausencia. La imagen de su esposa, rendida de pasión ante otros hombres, comenzaba a atormentarle.

Quería saber si su esposa amada le había sido infiel. No tenía prueba de ello, pero si la visitaba – así reflexionaba de camino a su casa- e intentaba de incógnito seducirla, podría saber si su esposa sería capaz de sucumbir a una proposición indecente. Un plan cuyas consecuencias eran previsibles, pero aún así, la curiosidad pudo más que la prudencia. Se presentó ante la puerta de la casa, disfrazado de rico mercader venido de Arabia. Los amplios ropajes disimulaban su figura, y su rostro, maquillado como acostumbra los árabes, no haría a nadie pensar que su aspecto fuera otro que el de un extranjero ataviado con los mantos y el oropel propio del modo de vida de Oriente.

Tocó el timbre. Los latidos del corazón de Céfalo se confundían con los de la campanilla. El portero llegó y le abrió la puerta. “Soy un mercader de Arabia, ha tiempo que estreché lazos de hospitalidad con Céfalo, vengo a devolverle la visita que me hizo hace ya tiempo en mi casa de Éfeso”, dijo el marido fingiendo para hacer creíble su plan. El criado le hizo pasar y dijo: “El dueño no está en casa, pero le recibirá su señora y le atenderá como corresponde a un rico comerciante venido de Arabia.

Esperó en el vestíbulo no más de diez minutos. Procris quería recibir bien arreglada y hermosa al misterioso mercader árabe. De pronto Céfalo oyó sus pasos, teniendo en la memoria la primera vez que la vio en el palacio de su padre Erecteo, e hizo aparición radiante como ese día feliz que por primera vez la contemplaron sus ojos. Estando a punto de desmayarse, absorbió una vez más ante la presencia de su esposa, dudó entre quitarse los ropajes, abrazarla, besarla impetuosamente, o aguardar y satisfacer la curiosidad de sus celos. Se mantuvo firme en su propósito. Fingió que estaba cansado. Un criado le acompañó hasta sus aposentos.

8. La curiosidad del amante

Llegado el momento de la cena acudieron Procris y su huésped al salón, se acomodaron y probaron las magníficas viandas que les sirvieron. Un ánfora de vino se abrió para la ocasión. La noche se alargaba con una amena velada en la que ocurriría lo que nunca debió ocurrir. Los servidores se marcharon y dejaron solos al supuesto mercader árabe y Procris, que dialogaban tendidos sobre divanes.

La tragedia de la desaparición de Céfalo ocupó el tiempo principal de conversación. Los fastos y riquezas, la hábil retórica del fingido mercader no fueron vanos. Procris no se daba cuenta del engaño y sentía una gran curiosidad por esa persona exótica que en algo le recordaba a Céfalo. ¿Cómo no iba a recordarle a su esposo, si era él mismo? Pero no fue capaz de reconocerlo. Cuando él hablaba, Procris lo miraba, escuchaba atentamente y bebía de sus labios las primicias del amor.

Solo entonces, cuando las redes estaban echadas y la noche se alargaba entre confesiones y secretos que ya llegaban a la intimidad, Céfalo se dirigió a Procris diciendo: “Amable y gentil esposa la de mi afortunado amigo. No sé si debería decirte lo que te voy a decir, pero nadie nos oye, estamos solos, guardaremos el secreto. El amor y el deseo tienen sus propias reglas. Las flechas de Eros son imposibles de evitar y esta noche bien certero ha sido en mi corazón.

“¿Procris, por qué no me acompañas a mi dormitorio y pasamos la noche juntos? –dijo Céfalo- La fidelidad tiene excepciones. ¿O acaso crees que tu marido ausente no ha pretendido y amado a otras mujeres, esté donde esté? Por eso, dejémonos llevar sin pensar en un hombre ausente; yo estoy aquí para colmarte de placer, el destino me ha traído hasta tu lado. Amémonos tú y yo sobre este lecho como él ahora estará amando a otras”.

9. El poder de las joyas

Procris no daba crédito a lo que estaba oyendo. Si le hubieran pinchado no le habría salido ni una gota de sangre. Estaba atónita. Un huésped árabe rompía los lazos de hospitalidad proponiéndole un adulterio. Inaudito. La primera reacción fue de rechazo y estupefacción. ¿Cómo era posible una proposición tan indecente? Ella amaba y suspiraba en el recuerdo de su marido ausente, a quien guardaba como una casta esposa.

Pero la curiosidad juega a veces malas pasadas. Se negó al principio a la propuesta y le rogó que no insistiera. Entonces él, viendo que su esposa dudaba, jugó su última baza. Y fue cuando le habló de un cofre de oro, el que lleno de joyas tenía en la habitación. “Ven a verlo, solo a verlo”. Finalmente ella cedió. Sentía una gran

curiosidad por ver las ricas joyas de Arabia que se guardaban en el cofre, que eran un regalo que Aurora le había hecho en los primeros días de su idilio.

Ya en la habitación, sobre el lecho, depositó el mercader el cofre lleno de joyas. Lo abrió; y perlas, rubíes, zafiros, diamantes, esmeraldas contemplaron sus ojos. Se quedó Procris inmóvil, mirando las gemas que guardaba el cofre y no decía palabra. “¿Te gusta lo que ves, Procris?”, -dijo el marido fingidor- “Pues pueden ser tuyas, tómalas, tómalas y serán tuyas. Tan solo a cambio de una noche juntos, dame el gusto de pasar esta noche contigo”. Entonces ella en lugar de salir corriendo perdió la razón y se rindió al mercader árabe. Más que a las palabras sucumbió al deseo de posesión de tan preciadas joyas.

El mágico brillo de las piedras preciosas desinhibió a Procris. Su vestido cayó al suelo, libre de sus lazos. No tuvo pudor en desnudarse. “Si es así, me entrego a ti, hazme tuya”, fueron las palabras de Procris. Tras lo cual, Céfalos se dio cuenta de que había llegado demasiado lejos. Su insana curiosidad le había llevado a vivir en primera persona la infidelidad de su esposa. La miró de arriba abajo y ni siquiera entonces pudo evitar sentir la fuerza del deseo. Se quitó el turbante y los ropajes mostrándose como quien era: “Soy Céfalos, el marido de una esposa adúltera, que en lugar de esperar a su esposo se acuesta con cualquier huésped que llega”.

10. Huida de Procris

Procris, sin dar crédito a lo que veía, presa de la desesperación y la vergüenza, se vistió inmediatamente, salió de la casa y huyó con el frenesí de una ménade a las colinas del monte Himeto. Vagó errante durante la noche hasta que unas ninfas la llevaron hasta la diosa Ártemis quien la acogió y, dando protección a su deshonor, la hizo una más entre el cortejo femenino que la acompañaba.

Mientras tanto, Céfalos, aguardaba a Procris y desesperaba. Ella no volvía. El amor y los celos juegan malas pasadas. Tras lo ocurrido muchas vueltas le daba a su actitud, y comenzó a arrepentirse de lo que había hecho. Él la seguía amando, y ya era consciente de que haber cedido ante una propuesta deshonestas de un extraño es prueba evidente de que muchas veces antes le habría sido Procris infiel con otros hombres.

Así pensaba angustiado y otra vez ya le carcomían los celos. No podía dejar de pensar en ella. Recordaba cada noche sin interrupción la escena vivida. Total, no era para tanto. Incluso él –pensaba- habría cedido ante una proposición tan interesante si hubiera sido mujer. La curiosidad es tan poderosa como los celos.

Y así fue que, como la seguía queriendo, dijo una mañana a los criados que fueran al monte a buscarla, donde imaginaban que ella estaría. Subieron al monte Himeto. Allí la encontraron, hablaron con ella y al saber del arrepentimiento y el perdón de Céfalo, no dudó en volver con su esposo amado, trayendo un perro y una jabalina, regalos magníficos de la diosa Artemis que le había dado al despedirla.

11. Procris vuelve a casa

De nuevo el amor volvió a la casa y así vivieron los años más felices de sus vidas, enamorados de tal modo que ni el poderoso Júpiter hubiera podido seducir a Procris, ni la encantadora Venus a Céfalo, aunque la diosa vistiera su mágico corsé. Tanta era la dicha del amor correspondido que nadie podía imaginar la tragedia que se estaba fraguando.

Era ya verano, y el monte Himeto era lugar extraordinario para esos días de fuerte canícula. Un día de estos salió a cazar al monte, era bien de madrugada, y tras la caza, acostumbraba a descansar junto a un arroyo, en un lugar ameno mecido por la brisa. Estaba solo y fantaseaba: “Ven hasta mí, Brisa”, solía decir cuando plácido yacía sobre la hierba. “Brisa, muéstrate en todo tu esplendor, acaríciame con tus suaves manos. Ven hasta mí, Brisa, y dame a besar tus labios”.

Y ocurrió que, como casualmente un cazador andaba por ahí, oyó sus apasionadas palabras, pero se ocultó y luego marchó; se lo contó a su mujer nada más llegar a casa y rápido corrió la fama por las calles y casas de Atenas.

Al día siguiente el nombre de Brisa fue oído la primera vez en casa de Céfalo. Le llegó a Procris el rumor de parte de una criada del cazador y así el temor volvió a anidar en su corazón. Lo que siendo un rumor tomó por hecho probado la dejó convulsa y dolorida, a punto de desfallecer, alimentando otra vez la desconfianza, las

dudas y los celos. No paraba de pensar en ello: Céfalo de nuevo le era infiel, esta vez con una ninfa llamada Brisa. ¡Qué desesperación! ¡Otra vez la misma historia!

Y de nuevo la curiosidad volvió con los celos. Quería saber si era cierta la fama de que su marido tenía una amante. La infidelidad aún sería perdonable, pero “¿por qué ha ocultado que tenía una amante, si yo lo complacía cada noche y él mostraba su brío, sin parecer estar cansado? Así ella se decía a sí misma. Lo que más duele no es la infidelidad, sino el engaño, suele decirse, pero aún más duele el pensar que una ninfa está en el corazón de su amado esposo, al cual colma de gozo y placer a la vera de un arroyo, mientras ella en casa se consume de oculto fuego.

12. La temeridad de los celos

Por eso, ya no pudo esperar más. Ni corta ni perezosa, un día que Céfalo de madrugada salió a cazar, ella se apresuró a vestir ropa de caza e ir tras él al monte. Lo siguió a distancia, dirigiéndose hacia donde se oían los ladridos de los perros. El deseo de ver a qué lugar iba a descansar su marido, el lugar en el que se entregaba a los brazos de Brisa, podía más que su miedo o el riesgo de hallarse sola en la espesura del bosque. La curiosidad de los celos animaba sus pasos y así llegó hasta donde Céfalo reposaba. Escondida entre unos arbustos, tras una lenta espera, pudo por fin oír lo que nunca hubiera debido oír: “Ven a mí, amada Brisa, sé gentil, sopla dulcemente sobre mi piel y deja el aroma de tu boca sobre mi aliento. Ven hasta mí, amada Brisa”.

Hermosas y dramáticas palabras al mismo tiempo las que escuchó Procris, escondida entre la maleza. Palabras que delataban la infidelidad de su esposo con Brisa, justo como había oído de la criada. No daba crédito a lo que había escuchado, pero era real como la vida misma. La desagradable sorpresa, aunque buscada, fue tan grande que no pudo evitar que las piernas le flaquearan, temblar y que, moviendo sin querer las ramas del arbusto que la ocultaba, fuera alertado uno de los perros de Céfalo.

Y justo entonces, al oír los susurros que salían del arbusto, imaginó que tras él se hallaba una presa, pensando que había sido un ciervo quien produjera el sonido; y sin

verla, pero intuyendo dónde estaba, arrojó su jabalina hacia ella. La jabalina, regalo de Diana que nunca erraba el tiro, silbó en su vuelo y certera fue a clavarse no en el corazón de una cierva, sino en el corazón de Procris, en el corazón de la mujer que realmente amaba.

El perro dio un salto y corrió ladrando a buscar la presa. Detrás iba Céfalo cauteloso, pero cuando vio el cuerpo, no halló el ciervo que pensaba, sino una mujer, y al acercarse vio lo que nunca hubiera deseado ver, una imagen que retendría en su memoria para siempre. Era la imagen de su esposa con la lanza clavada en el corazón.

Preso de la desesperación Céfalo intentó arrancarla y entonces la sangre brotó a borbotones tiñendo de púrpura el vestido. Ya nada podía hacerse para detener la hemorragia. Ella apenas tenía fuerzas para unas últimas palabras mientras él “¿Por qué, por qué?”, gritaba desesperado. En un último intento de salvar su vida, la abrazó por si pudiera tapar la herida, por si aún pudiera evitar que muriera desangrada. Pero ya nada se podía hacer sino esperar a que ella en sus brazos exhalara el último aliento. Quiso decir algo, pero la voz desfalleciente de Procris se ahogó en su garganta y “Brisa, Brisa...”, sin terminar la frase, esas fueron sus últimas palabras.